

ARTICLES

Geografía e historia, ¿qué relación en la actualidad?¹

JOSEFINA GÓMEZ MENDOZA

Universidad Autónoma de Madrid,
Real Academia de la Historia
josefina.gomez@uam.es

Resumen

Existe una tendencia reciente a separar geografía e historia. A pesar de la necesidad mutua de ambas disciplinas, su relación no ha sido fácil. El artículo analiza estos complejos y ricos lazos entre geografía e historia. Por un lado, interrogando las bases fundacionales de la tradición geográfica francesa: desde Vidal de la Blache a Lucien Febvre o Fernand Braudel. Por otro lado, centrándose en dos ámbitos dónde estas relaciones alcanzan su plenitud. En primer lugar, la ciudad, que es analizada, a partir de la obra de Manuel de Terán sobre Toledo, como una intrincada combinación del medio geográfico con el devenir histórico y cultural. En segundo lugar, el paisaje, un concepto querido por la geografía pero que precisa de la historia para ser comprendido en su globalidad. Como conclusión se plantea la necesidad de reinterpretar las relaciones entre geografía e historia, no desde visiones lineales o mecánicas, sino mediante el diálogo y la colaboración.

PALABRAS CLAVE: *geografía, historia, geografía francesa, geohistoria, paisaje.*

Introducción

De las relaciones de la geografía y la historia, hermanas separadas, se puede decir lo que aplicado a la física y a la química le he oído decir hace unos días a un buen científico, tomándolo del anecdotario político. Cuando el embajador americano en las Naciones Unidas

1. Este es el texto, ampliado, anotado y corregido, de mi intervención en la jornada en homenaje a Joan Vilagrassa, celebrada en la Universitat de Lleida el 16 de junio de 2004 bajo el título general de "Geografía y ciudad". Quiero con estas páginas rendir un homenaje al profesor Vilagrassa, a su capacidad, a su buen sentido geográfico, a su rigor de geógrafo y de historiador, a su talante. Cuánto me hubiera gustado compartir con él mis dudas actuales, avanzar en mis reflexiones, en mis convicciones; en mis dudas: porque como dijo un creador de cine a propósito del miedo que le producía un nuevo estreno y ante la afirmación de un ignorante de que a esas alturas ya se sentiría tranquilo, la vida intelectual y la creación van "de los primeros miedos a los pavores absolutos".

le preguntó a su colega húngaro, lejanos ya los terribles acontecimientos de la invasión soviética de 1956, “¿Qué tal son sus relaciones con la Unión Soviética?”, el húngaro contestó: “Pues...nos llevamos como hermanos”, y ante la perplejidad del diplomático americano, añadió: “Sí, a los amigos se les escoge.”

La geografía y la historia se han separado desde el punto de vista institucional y se han separado por arriba, por la cabeza, por los estudios universitarios, cuando desde hace más de medio siglo parecía que querían separarse más bien por el tronco, por la enseñanza media. Desde hace cerca de diez promociones, los licenciados en geografía no han recibido clases de historia ni de historia del arte, y los de historia no han cursado geografía. En la Universidad Autónoma de Madrid, al menos, la experiencia es rotunda: entre los estudiantes de fuera de nuestro título que escogen asignaturas o créditos de geografía para completar sus currícula, no los hay de historia. Proceden, sobre todo, de la licenciatura de ciencias ambientales o de la diplomatura de turismo. Tampoco nuestros estudiantes de geografía frecuentan en absoluto las aulas o los libros de historia.

Hermanos institucionalmente separados, sí, que no se acaban de entender, o que no quieren hacerlo, y probablemente piensan no necesitarlo. Les confieso que cuando ingresé en la Academia de la Historia, noté la curiosidad de mis colegas historiadores al ver que no me desenvolvía del todo mal con la documentación y los razonamientos históricos, con lo que Braudel llamaba “las cajas negras de la historia”. Desde entonces siempre que viene a cuento, algún académico dice, probablemente como deferencia hacia mí, algo del tipo: “No seré yo quien niegue la importancia de la geografía, *base de la historia*.” Me he acostumbrado a escucharlo con resignación; tratar de explicar una y otra vez a quien no quiere oírlo que para nada puede entenderse la geografía como introducción a la historia es más esfuerzo del que me puedo exigir. El *Tableau de la géographie de la France* de Vidal de la Blache, preámbulo, como es bien sabido, a la historia de Francia de Lavissee, ha quedado en eso, en un escenario previo congelado. A los geógrafos se les reserva el insigne honor de describir el medio en las condiciones iniciales, es decir las del vacío y la ignorancia, en la “no historia”.² Eso pese a que el *Tableau* empezaba con una frase terminante y programática: «*L’histoire d’un peuple est inséparable de la contrée qu’il habite*» (La historia de un pueblo no se puede separar del territorio que habita).

Sin embargo, los geógrafos estamos justamente orgullosos de algunos de nuestros trabajos con información histórica y de reconstrucción histórica. Cuántas veces nos hemos dicho, con razón, que fuimos los primeros en manejar y en elaborar sistemáticamente la información del Catastro de Ensenada para la Única Contribución, o los Boletines de Venta de bienes nacionales, los amillaramientos, los catastros de la riqueza rústica y urbana, los planes anuales de aprovechamiento forestal, etc. Por no hablar de lo que significó la explotación sistemática de los registros de la propiedad, como sosegada y tenazmente emprendieron a la par Mercè Tatjer y Rafael Mas. Sin duda, como muy acertadamente dijeron en su día Vilagrasa y Carreras (1986), se ha tratado de estudio de datos históricos con metodología geográfica pero no por ello de menos significado y repercusión.

Desde nuestra separación curricular, la historia ha adquirido en España una madurez que comparten todas sus ramas y etapas, sin duda la historia moderna y la contemporánea

2. Utilizo la conclusión de Vincent Berdoulay y de Olivier Soubeyran respecto a la marginación de la geografía de los primeros estudios urbanísticos (Berdoulay y Soubeyran, 2004: 209).

pero también la historia medieval y la antigua. Los historiadores se han hecho particularmente *visibles* para la sociedad. Tampoco le ha ido mal a la geografía, aunque en mi opinión seguimos siendo más *visibles* individual que corporativamente, tenemos menos autoridad y menos presencia corporativa que los historiadores. Baste como prueba la diferente y desigual difusión de las publicaciones respectivas o el hecho de que la reducción de la demanda de los estudios de la geografía y la caída de nuestros estudiantes haya sido mayor que la de los de historia.

Con todo, en mi opinión, geografía e historia, geógrafos e historiadores, nos seguimos necesitando mutuamente. Quizá no al modo antiguo, con las viejas formas, pero sí para una relación preferente de mutuo conocimiento de las lógicas respectivas y de mutuo enriquecimiento. Se ha diagnosticado tantas veces, y tan gratuita e inoportunamente, el fin de la historia como el fin de la geografía. “La geografía es ya historia”, ha dicho como provocación el arquitecto Paul Virilio, quizá demasiado brillante, quizá por ello a veces más escuchado de lo que se merece. Sin duda, la globalización está provocando una compresión espacio-temporal, el tiempo se ha hecho instantáneo y el espacio puede no ser ya un recurso sino una carga. Pero como se ha recordado recientemente, ha ocurrido algo paradójico con el espacio —y con el tiempo— en el camino de la globalización: ha perdido en importancia todo lo que ganaba en significado (Bauman, 2000 en Hubbard y otros, 2002: 204). Julio Caro Baroja dijo en su día que parecía como si los paisajes y las ciudades fueran perdiendo singularidad, reduciendo su historia, homogeneizándose, como si se sujetara el país y la historia a la técnica. Hoy sabemos que lo global no impide lo local sino que lo recalifica, y que “el éxito de lo local en un mundo globalizado depende de su capacidad para abrazar lo global”. Hay que conferir un sentido global a lo local, como bien señalaba Doreen Massey en aquella conferencia magistral sobre Londres que pronunció en la Societat Catalana de Geografia con motivo de la clausura del XVIII congreso de la AGE.

Ese sentido global de lo local es una de las razones de la necesidad mutua entre historia y geografía. Lo es también, a mi juicio, el recentramiento del conocimiento y de la práctica geográfica en clave de sostenibilidad, de gestión sostenible. La sostenibilidad del territorio, la de los recursos y los paisajes necesita el conocimiento de sus procesos, de su espesor histórico, de sus prácticas de gobierno (y gobernanza) en otros contextos. Bien lo sabía Joan Vilagrassa cuando repasaba, por ejemplo, la geohistoria de la ciudad de Lleida y las inercias y virtualidades de su posición y de su posicionamiento en la red urbana (Vilagrassa, 1999: 26).

Pero no es menos cierto que cuando los historiadores vuelven la mirada atrás con preocupación ecológica, cuando tratan de hacer historia ecológica, se encuentran con la limitación de la falta de conocimiento de los procesos ecológicos, de que no han hecho trabajo empírico sobre ello, de su poca familiaridad con la gestión histórica de los recursos. La espléndida historia ecológica de la Francia rural de Georges Bertrand (1975) que remite al tiempo largo de la ocupación productiva es una de las muestras de lo mucho que los historiadores tienen que ganar en esta frecuentación de una geografía con sentido histórico y ambiental.

Voy a tratar de ilustrar estas ideas con algunas reflexiones, comentarios y ejemplos de mi propia experiencia, procedentes de líneas de trabajo que mantengo en la actualidad: la historia del pensamiento geográfico y de las ideas sobre el territorio y los recursos; el paisaje, su cartografía y su identificación; las tradiciones de gestión del medio ambiente urbano.

¿Qué historia para qué geografía?, y a la inversa: una revisión

Carreras y Vilagrasa achacaron en su día, con razón, a la constante influencia de la geografía francesa las peculiares relaciones que han mantenido la geografía y la historia en nuestro país desde la consolidación de la tradición geográfica moderna (Carreras y Vilagrasa, 1987: 361). Como en Francia, la mayoría de los geógrafos de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, formados en su mayor parte como historiadores, se preocuparon mucho en su trabajo profesional por independizarse de la historia, lo que lograban entre otras cosas porque iban adquiriendo una considerable destreza en geomorfología y otras ramas de la geografía física. Como en Francia se da una curiosa paradoja: los geógrafos quisieron la emancipación y rehuyeron la geografía histórica, mientras buscaron (buscamos) la explicación de la singularidad geográfica de los problemas de índole regional y comarcal precisamente en la historia.

Este recurso interpretativo a los encadenamientos históricos, compatible con la negación de la autonomía de la geografía histórica, está en el centro mismo del pensamiento de Vidal de La Blache y de sus discípulos, como ha demostrado Vincent Berdoulay. “Se dio la paradójica combinación de una relativa hostilidad de los vidalianos hacia la historia al mismo tiempo que la historia se infiltraba en el quehacer geográfico” (Berdoulay, 1981: 187). El resultado es que los geógrafos franceses de la escuela vidaliana no hicieron geografía histórica, pero buscaron las causas de las organizaciones territoriales y de los paisajes en la historia, realizaron narraciones geohistóricas, normalmente a base de hacer “cortes” en la historia que permitieran presentar imágenes de conjunto. La concepción de la geografía moderna es temporal, remite al encadenamiento secuencial de los hechos: “La explicación en geografía, dejó dicho el mismo Vidal, consiste en asignar a los hechos el lugar que les pertenece en la sucesión de la que forman parte.”

No es menos cierto que el aparente desenfado y falta de método de las síntesis regionales de raíz vidaliana encubren un rígido protocolo de investigación. Bertrand ha enumerado sus partes: “De hecho, el estudio del paisaje [que caracteriza a la escuela geográfica regional] se basa en una malla de investigación muy estricta fundada en análisis históricos, referencias geológicas y climáticas, investigación personal sobre el relieve, así como encuestas y cálculos estadísticos. La fotografía, y sobre todo la familiaridad con los mapas y la cartografía, hacen abundantes las referencias y diversifican las escalas de percepción y los ángulos de visión” (Bertrand, 2002: 230).

Conocido es el papel que le corresponde a *La terre et l'évolution humaine* de Lucien Febvre en la consolidación de la alternativa geográfica de Vidal de la Blache con la relegación, al mismo tiempo, de la geografía a un lugar modesto, el de *Introducción geográfica a la historia*, como reza el subtítulo del libro. Febvre trata en su libro (publicado en 1922 pero escrito en 1914, antes de la Gran Guerra: hay que tener esto en cuenta para una interpretación atinada) de las influencias geográficas (la tierra) en el desarrollo de las sociedades (la evolución humana). Critica las aproximaciones tradicionales de este problema (que reduce a la antropogeografía de Ratzel) para justificar la de Vidal considerada como verdaderamente nueva y a la que bautiza de posibilismo. El resultado es que coloca a la geografía no sólo en un lugar modesto sino en una posición externa en relación a las ciencias sociales, lo que quedaría condensado en su frase “*Le sol, non l'État. Voilà ce que doit retenir le géographe*” (El suelo, no el Estado. Eso es lo que tiene que retener el geógrafo) (Febvre, 1970: 78).

“Libres de las sandalias ratzelianas”, “nuestros” geógrafos, dice el fundador de los *Annales d'histoire économique et sociale*, estudian el medio en el que se desenvuelve la vida del hombre; primero lo describen, después lo analizan, finalmente tratan de explicarlo con atención permanente a las interferencias y las repercusiones (*Ibid.*: 77).

El autor se aferra a la definición vidaliana de la geografía como estudio de los lugares y no de los hombres, para “evitar” a la verdadera geografía humana que incurra en simplificaciones y generalizaciones abusivas. No debemos perder de vista que se trata de un libro de historiador que defiende un proyecto de historia y para eso se sirve de una geografía humana que considera ya consolidada. Pero si sacamos las consecuencias disciplinares geográficas, vemos que en el libro de Febvre se consuma una nueva paradoja: triunfa plenamente la geografía vidaliana (en fecha tan temprana como 1914) a costa de ocupar un puesto de segundo orden entre los campos de conocimiento, precisamente el puesto al que siempre se había resistido Vidal.

Olivier Soubeyran —que estaba investigando sobre la emergencia de la geografía francesa y poniendo de manifiesto hasta qué punto el proyecto geográfico de Vidal fue uno de los que compitieron en su época— ha estudiado el modo en que el libro de Febvre contribuyó a conformar el imaginario disciplinar de la geografía (entendido “imaginario” como representación colectiva de los fundamentos de una disciplina). El razonamiento que propone puede hacer pensar que los geógrafos vidalianos, al aceptar el argumento de Febvre y el rango que este les asignaba, habrían sido víctimas de una especie de “síndrome de Estocolmo” colectivo.³ Lo que hace Febvre, para legitimar el paradigma vidaliano, es combatir el ambientalismo ratzeliano, al que tacha pura y simplemente de no geográfico. Como dice Soubeyran no puede menos de parecer un poco excesiva la contraposición que se hace entre la perspectiva vidaliana considerada prudente, modesta, paciente y rigurosa, que comprendería lo complejo y rozaría la genialidad, y la de un Ratzel, dogmático, de pensamiento lineal y oscuro que jugaba con conceptos “*obscur et massifs*” como tierra, clima y hombre, sin hacer análisis concretos. En su elogio del maestro Vidal y del conjunto de su primera generación de discípulos, Febvre da por hecha la asociación entre geografía humana, geografía universitaria y conocimiento científico. El verdadero nacimiento de la geografía humana se habría producido en Francia con los vidalianos y necesariamente la geografía científica sería la geografía universitaria (Soubeyran, 1967: 227-235).

Este planteamiento ignora, quizá en exceso, toda la complejidad de la geografía ambiental o determinista, la trayectoria del pensamiento geográfico incardinado en esclarecer las influencias del medio físico y viceversa. En su conocido libro sobre la relación entre naturaleza y cultura en el pensamiento occidental hasta el siglo XVIII, Clarence Glacken identifica tres modos de concebir la tierra habitable: la idea del designio o de la tierra creada para ser morada del hombre; la de la influencia del medio ambiente sobre la historia o teoría ambien-

3. Muchos años después, André Meynier, en su *Histoire de la pensée géographique en France (1872-1969)*, mostró ciertas reticencias hacia Lucien Febvre, en el sentido de que el libro, aunque contiene ideas fecundas, resultaría inútil porque ya los geógrafos estaban advertidos contra el determinismo y nadie discutía lo que ahí se planteaba. Meynier olvida entre otras cosas que lo que Febvre estaba planteando es un tipo de historia, y que sólo se sirve de la geografía como apoyo (Meynier, 1969: 42). También Terán expresó ciertas reservas a la antítesis planteada por Febvre entre un Ratzel, dogmático determinista, y un Vidal que no habría hecho ninguna concesión al determinismo (Terán, 1957: 69).

tal nacida de la teoría médica y climática; y la del hombre como agente geográfico. Mientras las dos primeras se pueden rastrear en la Antigüedad occidental y tienen continuidad desde entonces, la tercera habría nacido como pronto en el siglo XVIII y particularmente con la historia natural de Buffon. Es evidente que para enaltecer el posibilismo vidaliano, Febvre oscureció las dos últimas tradiciones, sobre todo la tercera, y no retuvo del ambientalismo más que la luz más determinista y más generalista.

Otra de las consecuencias del atractivo libro de Lucien Febvre al no proyectar luz más que sobre la obra de los discípulos directos de Vidal es que se acaba asociando originalidad, modernidad y rigor en la escuela geográfica francesa con su trabajo sobre el espacio francés. Los textos citados por Febvre son los de la llanura de Picardía de Demangeon, Flandes de Blanchard, Baja-Bretaña de Vallaux, los campesinos de la Normandía oriental de Jules Sion y los Pirineos mediterráneos de Sorre: “una serie de monografías regionales que son monografías exactas, metódicas, en profundidad, que dan cuenta con ayuda de la geografía de los rasgos característicos de una comarca, de una región geográfica” (Febvre, 1922: 29). De nuevo el problema no está en lo que resalta sino en lo que oculta u olvida, es decir, los demás trabajos de la geografía francesa, o del propio Vidal, cuyo *Tableau* se erige en la obra por antonomasia. Hace falta, dice el gran historiador, conocimiento profundo y de primera mano, hace falta trabajar y saber esperar los resultados, no precipitarse; no dormirse en la admiración perezosa y beata de un determinismo estéril, medio arrogante y medio vergonzante: hay algo mejor que hacer y es trabajar. Con esta llamada al trabajo esforzado y aparentemente no brillante termina el libro de Lucien Febvre.

Todo ello supone, como agudamente ha mostrado Soubeyran, expulsar del discurso geográfico toda la dimensión colonial, presente en la primera etapa de los *Annales de géographie*, con Marcel Dubois, pero también con Vidal de la Blache como protagonistas, y con ella el elemento de ordenación y organización del espacio inherente al proyecto geográfico de la Tercera República. De modo que al conformar su imaginario disciplinar en la “modernidad” de un proyecto de conocimiento sólo para Francia y para la enseñanza universitaria, los geógrafos habrían prescindido de sus raíces ordenadoras y gestoras del espacio (Soubeyran, 1997: 227-235) y situado en un segundo lugar el estudio del mundo no francés.

Al mismo tiempo la geografía habría quedado “sometida” a la historia al situarse *antes* con respecto a ella. Los hechos geográficos y los hechos históricos son dos órdenes de hechos distintos, afirma Febvre, y es absurdo e imposible quererlos intercalar los unos en la serie de los otros, como anillos o eslabones intercambiables. Pero como la geografía es el suelo, el geógrafo sólo debe analizar los documentos históricos para saber qué acción han ejercido los pueblos y las sociedades sobre el medio (Febvre, 1922: 73 y 75). El problema es que no se define el medio, por lo que remite en definitiva a un medio inicial, a un medio soporte, a un medio independiente, al zócalo. No regatea ocasiones Febvre —que escribe, lo recuerdo una vez más, en 1914 y así y todo considera completamente sobrepasado el determinismo y afirmado el posibilismo— de remitir a esos nuevos geógrafos humanos al estudio físico del medio. “Queda por hacer un inmenso trabajo (...) *Un trabajo de geografía física en primer lugar. De él depende todo*” (Febvre, 1922: 391-392) (*cursiva JGM*). En todo caso no quiero quejarme de que un historiador no nos resuelva nuestros problemas.

Vincent Berdoulay, por un lado, en su libro fundamental sobre la formación de la escuela francesa de geografía, Marie Claire Robic y el grupo Epistémologie et Histoire de la Géographie (EHGO) del CNRS que ella dirige, por otro, así como el mismo Soubeyran

en su indagación sobre la constitución del imaginario disciplinar geográfico, han puesto de manifiesto hasta qué punto la situación original de la geografía francesa fue muy distinta de la subrayada por Febvre. Berdoulay y Soubeyran han reconstruido lo que llaman la situación histórica bruta, es decir: todas las condiciones externas e internas del nacimiento de la geografía francesa y de la posterior hegemonía de Vidal y de los vidalianos. El olvido del fenómeno colonial que caracteriza a las más conocidas historias de la disciplina (la de Febvre, las de Paul Claval, la de André Meynier)⁴ y por consiguiente la ignorancia de su dimensión inicial planificadora y ordenadora procedería de la voluntad del propio Vidal, de Lucien Gallois y de otros, que son los que habrían construido progresivamente esta amnesia en los artículos de los *Annales de géographie*: habrían suministrado una explicación plausible de la historia de la disciplina con la que acaban legitimándose a sí mismos. El nacimiento de la geografía no habría sido tan lineal como nos lo hace pensar Febvre, y como reitera Meynier con mimbres algo distintos, sino la sede de una batalla entre proyectos geográficos nacientes y en competencia en el seno mismo del círculo de los vidalianos (Soubeyran, 1997: 273).

En el apasionante libro colectivo dirigido por Robic en que se reinterpreta el *Tableau* de la geografía de Francia, se pone claramente de manifiesto la dimensión del pensamiento territorial de Vidal, muy alejado de esta versión algo mitificada y descafeinada de Febvre. Algunas de las grandes cuestiones que suscita el *Tableau*: la identidad nacional, la interacción local/nacional, la perennidad de la relación pueblo-territorio, los problemas de la apertura a otros espacios y los desafíos de la mundialización, la descodificación geográfica de los paisajes, etc. tienen más actualidad que nunca. Como se dice en el texto, no se trata de que el libro esté vivo, sino de que su actualidad se ha reactivado.

Hay algo más sobre lo que volveré con otro motivo: la propia Robic y algunos de sus colegas han resaltado la imagen de un Vidal de la Blache no tan ruralista como se suele presentar, menos preocupado por transmitir la foto fija de unos medios rurales prósperos que la otra, más dinámica, de unas ciudades en plena transformación interna y externa. Marie Vic Ozouf-Marignier rastrea en la obra de Vidal la preocupación por la articulación de la vida local con la vida regional y la polarización en torno a las capitales provinciales. El viaje de Vidal de la Blache a Estados Unidos en 1904 habría resultado clave. “Entre el naturalismo de los años 1880 y el decidido economicismo del último periodo, el *Tableau* habría constituido un punto de inflexión: el prototipo de la región polarizada es descrito a través de la región de Lyon, se atiende de forma casi obsesiva a las condiciones de circulación, se detectan puntos de fractura y contactos espaciales, se subraya la toma de conciencia de una «Francia en el umbral de los nuevos tiempos» [expresión del propio Vidal]” (Ozouf, 2000: 179).

Me he detenido en estas consideraciones por dos motivos. Primeramente para mostrar que la historia y la capacidad de interpretación de la historia nos es incluso indispensable para deshacernos de tópicos sobre nosotros mismos y para someter a juicio las versiones plausibles de nuestros propios derroteros. En este sentido la idea de “espesor histórico bruto” acuñada por Soubeyran o la de “círculo de afinidad” de la que se valió Berdoulay, por encontrarla más flexible que la de escuela o paradigma, no dejan de ser interesantes a la vista de los resultados cosechados.

En segundo lugar, por la fuerte influencia ejercida en los momentos decisivos sobre la

4. Según ha indagado Soubeyran, Febvre no cita a Marcel Dubois ni una sola vez, Claval lo hace sólo para considerarlo historiador de la geografía y Meynier lo cita dos veces en total.

geografía española, catalana o gallega. En un artículo reciente, Nicolás Ortega ha mostrado las razones por las cuales una perspectiva tan anglófila como la institucionista se decantó, en lo que a la geografía se refiere, por el modelo francés: esa sería la lección de Dantín y sus regiones naturales y de Rafael Torres Campos y sus lecciones de cosas para la enseñanza regresiva de la geografía. Ahora bien, este modelo francés de principios de siglo, en la dimensión educativa, era más el de Levasseur que el de Vidal, y, en la dimensión regional, más la del Vidal naturalista que la del posibilista (Ortega, 2003). Hay que esperar a los años treinta y cuarenta para que se imponga el modelo universitario e investigador francés, primero en Cataluña, luego en el resto (Gómez Mendoza, 1997: 135 y sig.). Hay sin duda que profundizar en la cuestión, pero cabe preguntarse sobre las razones por las que en España no ha habido un libro como el de Lucien Febvre (me refiero a lo que tiene que ver con la geografía y el determinismo), lo que probablemente responda a la mayor debilidad y rezago de la geografía y de sus representantes.

La *Historia de España y de la civilización española* de Rafael Altamira coincide más o menos en el tiempo con *La Terre* de Febvre. Apenas sí contiene en sus inicios unas páginas sobre las condiciones geográficas de España: la compartimentación del terreno que favorecería el aislamiento y la incomunicación del centro con los extremos, las tremendas sequías, cortadas a veces por lluvias torrenciales e inundaciones de graves consecuencias, la pobreza agrícola de muchas localidades; la reacción del hombre contra este medio natural constituiría, en la interpretación del gran historiador, el fondo esencial de la historia y la más importante cuestión social sería la de modificar el medio físico. “He aquí cómo la misma naturaleza ha señalado desde el primer momento la ley fundamental que, so pena de grandes males, había de guiar la acción de nuestro pueblo para organizarse o desenvolverse ampliamente. La comprobación del cumplimiento o incumplimiento de esta ley necesaria no es el menor fruto que ha de sacarse del estudio de la historia de España” (Altamira, 2001, I: 3-5). En este determinismo a la inversa, encontramos que la geografía es el suelo, no el Estado, como dijo Febvre, pero con muchos menos matices, sin ninguna calificación ni valoración de los geógrafos. Según Meynier esta versión de determinismo inverso procedía de Estados Unidos y tuvo poco éxito en Francia (Meynier, 1969: 43). El regeneracionismo español en cambio sí vio en las dificultades geográficas de la Península un acicate para su transformación.

Eduardo Martínez de Pisón ha sugerido que fue Ortega y Gasset quien cumplió respecto de la geografía en España el mismo papel que Lucien Febvre en Francia, es decir la crítica de Ratzel y llevar hasta sus últimas consecuencias las posiciones posibilistas (1988: 186-188).⁵ Posteriormente, las páginas de la “Introducción” de Manuel de Terán a la *Geografía de España y Portugal* son una versión lograda de presentación del paisaje natural convertido en historia cultural, los paisajes amasados de tierra y de cultura, en la expresión del autor. Por cierto, en el artículo de Terán sobre la causalidad en geografía humana, ocupa un lugar preferente entre las referencias la del simposio sobre *Man's role in changing the face of the Earth*, recién celebrado en Princeton y donde se concluyó que las posibilidades humanas a la transformación del medio están sometidas a los sistemas de valores y técnicos de los hombres y las culturas, con la reserva de la finitud de algunos recursos y de la naturaleza biológica del hombre (Terán, 1957: 78-79).

5. “Ortega puso las cosas en su sitio”, dejó dicho Terán (Martínez de Pisón, 1998: 145).

Sigamos adelante. En 1973 se publica, por primera vez, la *Historia de España* de Alfaguara, dirigida por Miguel Artola. El primer volumen lleva un título explícito: *Condicionamientos geográficos* por Ángel Cabo y *Edad Antigua* de Marcelo Vigil. En la introducción general a la obra se dice: “Un primer punto de acuerdo nos comprometió a referirnos, siempre que fuese posible o pareciese conveniente, al proceso histórico continental y en especial al de los países más próximos, por considerar que la comparación podía favorecer una más exacta comprensión de nuestra propia evolución. De aquí la preocupación por *comenzar* nuestra Historia con un capítulo *descriptivo* de las *Condiciones geográficas de la Historia de España*, que *sin ser propiamente un estudio geográfico pone de manifiesto la naturaleza de aquellas realidades geográficas —localización, relieve, clima, etc.— que por su carácter estructural actúan permanentemente, posibilitando, pero también condicionando e incluso determinando, las posibilidades de acción de los grupos humanos* que ocupan la Península.” (cursivas JGM, salvo el título) (“Introducción” en Cabo: 1973 y 1981: I-II).

Posibilitar, pero también condicionar e incluso determinar... ¿Estamos lejos de Febvre? Para lo que yo aquí estoy tratando, que son las relaciones entre geografía e historia, es lo que menos importa. Más importancia tiene lo de “las realidades geográficas como estructuras permanentes”. Tanto más cuanto que la propia organización de la obra de Ángel Cabo lo desmiente, anteponiendo, tras estudiar los estímulos contrapuestos de disociación y de unidad inherentes al relieve peninsular y el saldo de posibilidades, el estudio de la “Incidencia humana sobre el medio físico” al de la “Incidencia del medio físico sobre la actividad humana”. La palabra influencia, maldita para Febvre, se ha convertido en incidencia, pero sobre todo prevalece la acción del hombre sobre el medio.

De este libro, sugerente por muchos motivos, quiero destacar aquí las páginas consagradas a la intervención humana sobre el paisaje vegetal porque tienen voluntad de proponer una cierta historia general del paisaje peninsular. Parten del texto de H. Hopfner sobre la evolución de los bosques de Castilla la Vieja en tiempos históricos, que se ocupó de traducir el propio Manuel de Terán para *Estudios geográficos* en 1954, y establecen las relaciones relativas espaciotemporales entre bosque, pastizales y sembraduras. La pregunta a la que se trata de contestar es de enjundia: “¿Cómo esos montes ciegos (que da la toponimia) llegaron a su actual situación de sernas cerealistas casi desarboladas?” (Cabo, 1973 y 1981: 102-108). Parece en definitiva que, como en Lavissee-Vidal, historia y geografía en cierto modo se hablan sin entenderse demasiado.

Fernand Braudel supuso un gran paso adelante con respecto a Febvre en su defensa del tiempo largo y de la historia integral. Valoró la deuda de la escuela francesa de historia con la geografía en términos no caricaturescos. Para él, el *Tableau* sería una de las obras más importantes en la escuela *histórica* francesa. También reconoció la deuda con la antropología, la economía y la sociología, aunque no dejó de manifestar su asombro por el hecho de que esta última prescindiera del tiempo, por el hecho de que los sociólogos no tuvieran al tiempo en el centro de sus problemas (como tampoco tienen al espacio) ni recurrieran a él como clave explicativa.⁶

6. “Y, como historiador incorregible que soy, expreso mi asombro, una vez más de que los sociólogos hayan podido escaparse (del tiempo). Pero lo que ocurre es que su tiempo no es el nuestro: es mucho menos imperativo, menos concreto también, y no se encuentra nunca en el corazón de sus problemas y de sus reflexiones.” (Braudel, 1958: 97).

La posición de Braudel es clara: el historiador gana en la frecuentación de sus muchos vecinos, como lo hace el geógrafo, como lo debería hacer el sociólogo. Pocos textos conozco a este respecto tan lúcidos y tan modestos como el de “Unidad y diversidad de las ciencias humanas” de 1960: nadie puede caminar solo en esta oscuridad, nadie se debe sentir capaz de hacerlo con sus propias fuerzas, nadie puede pretender adquirir todas las competencias. “Las ciencias humanas, a medida que se extienden y perfeccionan su propio control, van comprobando mejor sus debilidades”. “No creo además que el mercado común de las ciencias del hombre pueda hacerse, si se hace, merced a una serie de acuerdos bilaterales, de uniones aduaneras parciales cuyo radio se iría extendiendo después poco a poco. Dos ciencias próximas se repelen como cargadas de la misma electricidad. La unión «universitaria» de la geografía y de la historia, causa en el pasado de su doble esplendor, ha terminado en un divorcio necesario” (Braudel, 1960: 203 y 207). Lo que no significa que deban diluirse en un conjunto informe bajo el nombre de ciencias sociales. No se debe permitir que pierdan el gentilicio.

En esta unidad y diversidad de las ciencias sociales hay que tener muy presente a la geografía. Braudel es muy consciente de que toda la realidad social tiene en algún momento que ser reducida al espacio que ocupa. “Digamos la geografía, la ecología, sin detenernos demasiado en estas fórmulas para escoger entre ellas. *Es una pena que a la geografía se le considere con excesiva frecuencia como un mundo en sí.* Está necesitada de un Vidal de la Blache que, en lugar de pensar esta vez tiempo y espacio, pensara espacio y realidad social” (cursiva JGM). Confiesa el autor que a menudo ha pensado que la superioridad de las ciencias sociales francesas radica en la escala geográfica que tomaron de Vidal. “Se impone, concluye, que todas las ciencias sociales dejen sitio a una «concepción (cada vez) más geográfica de la humanidad» como pedía Vidal de la Blache ya en 1903” (Braudel, 1958: 105).

Si en la teoría no descuidó Braudel la necesidad mutua que mantienen geografía e historia, en la práctica lo hizo aún menos. En *Le monde actuel. Histoire et civilisations* de 1966, cada estudio de civilización⁷ contiene una visión de los espacios, o de “lo que enseña la Geografía” (que suele ir después de lo que enseña la historia, de las presentaciones históricas de los espacios). Algunos de los planteamientos y algunas de las páginas de este libro recuerdan a otras de Manuel de Terán, particularmente las que expuso durante el ciclo Politeia pronunciado en los años setenta sobre geografía histórica. Ha pasado demasiado tiempo desde que yo traduje este libro y mi recuerdo es incompleto, pero me atrevería a devolverle por él a Braudel el elogio que dedicó a Vidal: *Las civilizaciones actuales* [título de la traducción] sería una de las obras más importantes de la escuela *geográfica* francesa.

Y, ¿qué decir del “Mediterráneo”? Uno de los últimos libros de Braudel titulado *La Méditerranée. L'espace et l'histoire* rezuma complicidad de la geografía con la historia. No se engañan los geógrafos de lengua inglesa que en los últimos años no regatean las referencias al historiador francés.

Como en España, en Francia se ha dado un paso adelante por parte de los historiadores para trabajar en historia del medio ambiente. Ya en la obra de Emmanuel Le Roy Ladurie *Territoire de l'historien* se consagra una parte a “la historia sin los hombres”. En 1993,

7. El libro empieza por unas cuestiones de vocabulario, para aclarar qué sentido le da al término y cómo se relaciona con el de cultura.

Robert Delors hace un llamamiento a favor de una historia del medio ambiente, porque ante la crisis ecológica actual también se confirma la idea de que el pasado contiene el presente. Y unos años después, uno de sus discípulos, François Walter, aboga por la redefinición de las relaciones de historia y geografía y no duda en mantener: “La historia, ciencia del espacio en el tiempo, no sólo concierne a los hombres, sino también todos los demás fenómenos evolutivos de la naturaleza y de la vida” (Walter, 1997: 33, citado por Suire, 2004: 106).

¿Estará ya fuera de lugar la definición exclusivista de Lucien Febvre: “La historia es el hombre”? ¿Aceptaríamos que se dijera de la geografía lo mismo que dice Walter para la historia: “La geografía, ciencia del tiempo en el espacio...”? Sin duda la perspectiva de la sostenibilidad abunda en este sentido. No deja de ser significativo que el nuevo Comité Nacional Francés de Geografía ante la Unión Geográfica Internacional, formado por personas como Alain Miossec, especialista en medios litorales, Paul Arnould, especialista en medios forestales e Yvette Veyret que lo es del medio ambiente, hayan elegido que la contribución francesa al último congreso de la UGI (Glasgow, agosto 2004) estuviera centrada en la geografía del desarrollo sostenible y fuera editada por la revista *Historiens et Géographes* (Miossec y otros, 2004).

En España, en el mismo orden de cosas, o quizá yendo aún más lejos, hay historia-dores que propugnan una historia ambiental que se replantee “el antropocentrismo de la historia” y oscile hacia la historia de la Tierra. Esa enmienda a la totalidad se justificaría por la crisis ecológica contemporánea de dimensión planetaria. “Parece obvio —señala Manuel de González de Molina, uno de los máximos representantes en nuestro país de esta postura— que la historia como ciencia social no puede permanecer impasible (...) Resulta imprescindible replantear los supuestos teóricos y metodológicos con los que hemos solido abordar el pasado, y que nos han llevado a hacer una historia antropocéntrica basada en la idea hegeliana del progreso material, glorificadora del desarrollo tecnológico, normalmente ciega ante los enormes costes sociales del progreso e ignorante de los daños ambientales que ha producido. Hemos hecho una historia temerariamente optimista que debe someterse a una revisión acorde con la crisis civilizadora en la que nos encontramos” (González de Molina, 1999: 17-18).

Geohistoria y sostenibilidad: la ciudad y el paisaje

Para mantener mi tesis de que la historia y la geografía se pueden y se deben reencontrar en torno al necesario desarrollo del concepto de sostenibilidad, me voy a permitir servirme de algunas de mis experiencias de trabajo recientes. Desde el Grupo de Historia del Pensamiento Geográfico de la Asociación de Geógrafos Españoles, hemos preparado un homenaje a Manuel de Terán para conmemorar el centenario de su nacimiento. La relectura de algunos textos, el descubrimiento o la correcta datación de otros nos están permitiendo revisar o descartar algunas ideas tópicas y estereotipadas. Una primera conclusión, y no menor, es que en la geografía regional, de inspiración francesa, de la que Terán es el máximo representante, no siempre tienen el protagonismo y la prelación las monografías de comarcas rurales.

La historiografía de Terán muestra, en efecto, que —como ocurre con Vidal— su interés por la ciudad, por la ciudad histórica, fue quizá uno de los más tempranos, constantes y obsesivos. Recuperamos en estos días muchos borradores de una geografía histórica de

Toledo que nunca llegó a ver la luz, que ha tenido muchas versiones, pero cuya primera redacción es de 1949. Muestra a un Terán, geógrafo genuino, que reconstruye en la fisiología de la ciudad las secuencias (los ciclos) de las diferentes ocupaciones y de las diferentes culturas. Para empezar, en Toledo cree ver Terán uno de los casos más perfectos de “adecuación entre el fenómeno urbano y la forma de paisaje humanizado en que la ciudad consiste y la forma topográfica que le sirve de apoyo y sustentáculo”. Es un paisaje en el que ciudad y roca se confunden y en el que la primera interpreta y exalta sus contornos de campos y sierras. Una ciudad de excepcional situación topográfica, verdadera “invitación” de la naturaleza a la que “la historia acudió”.⁸

Toledo es una ciudad de la Meseta, pero de la meseta meridional, de la más mediterránea; por su localización y por su historia, Toledo es más que castellana, mediterránea y oriental, como repite Terán con palabras de Maurice Barrès y Gregorio Marañón. Con fina observación, con largos, prolongados paseos reflexivos, con documentado trabajo de archivo, Terán se esmera en mostrar que la ciudad toledana es una de “las formas más perfectas de compenetración entre los dos elementos capitales de nuestra historia, el cristiano y el musulmán”, y por eso uno de los conjuntos más acabados y característicos de lo que han sido la tierra y la civilización genuinamente españolas. Visto desde esta perspectiva, la ciudad tiene un plano complejo de leer pese al protagonismo árabe. “Difícil sería el discriminar con ciertas garantías de precisión las modificaciones y avatares por los que hubo de pasar la planta urbana de la Tolaitola árabe desde su reconquista por los cristianos hasta nuestros días. Aventurado sería el afirmar que la llamada ley de permanencia del plano no rigió en ella, pero igualmente extremada es la afirmación opuesta, la de que en Toledo nos hallamos en presencia de un trazado urbano de inspiración y realización árabes conservado con pureza casi intacta.”

La ciudad necesita, pues, una lectura minuciosa, detenida, documentada, y a ello se aplica Terán. En el recorrido que hace es notable en cada etapa la atención que presta a aspectos ambientales históricos: por ejemplo, la pérdida de soleamiento que entraña la densificación del casco en los siglos renacentistas y barrocos con la construcción de pasadizos, saledizos, corredores y balcones; o la desaparición de calles absorbidas en el interior de las manzanas de edificaciones religiosas o callejones ciegos y rinconadas.

El texto sobre la ciudad de Toledo es sin duda la primera monografía geográfica sobre una ciudad de tamaño medio. Se resuelve a través de un pormenorizado estudio histórico conducido con sentido e intereses geográficos. Se trataba de una opción de método que Terán expresó en palabras muy reveladoras: “Toda esta indagación histórica era necesaria para llegar a entender el paisaje que Toledo nos presenta, un paisaje en que se superponen y componen ciclos de erosión geológica y de actuación histórica, y en el que un nuevo ciclo se afana en destruir las formas del pasado para edificar sus propias formas”. De modo que si el método aplicado en el estudio posterior de las calles de Alcalá y Toledo de Madrid es el del corte urbano, por analogía con el corte topográfico (un transecto, diríamos hoy), el que prefirió el autor en Toledo es el de los ciclos históricos, por analogía en este caso con los ciclos de erosión.

8. Todas las citas del estudio de Toledo fueron tomadas de los escritos mecanografiados o manuscritos de Terán. La Real Academia de la Historia ha publicado un libro con escritos de geografía histórica inéditos de Terán, entre ellos esta geografía urbana de Toledo (Terán, 2004).

Lo que no impide una percepción aguda de la situación actual. Aunque la ciudad de Toledo habría dejado de hacer historia, a veces la historia habría venido a hacerse a Toledo, de forma incluso dramática. Los problemas son nuevos problemas, distinta la realidad toledana contemporánea y su posición en relación a una nueva territorialidad. En unas notas finales y complementarias, el autor sugiere que el peligro no está (escribía en los años cincuenta del siglo pasado) en que Toledo se provincianice, sino que, a la inversa, pierda el impulso y función de capital provincial y se suburbanice, se incorpore al área de Madrid como suburbio alejado. Situación en la que un turismo floreciente, pero de un día, jugaría un papel contradictorio.

Este es un ejemplo de las cosas y los modos que podemos aprender releendo a los clásicos. Comento brevemente otro caso del interés de las tradiciones de ordenación de la ciudad y de medio ambiente urbano. En mi discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia, en abril de 2003, me dediqué a explorar las tradiciones de gestión ambiental y escénica de la ciudad, particularmente las que tienen que ver con las arboledas. Se me hizo evidente el interés del manejo experto de los recursos naturales en la ciudad, de los topográficos, de los hídricos, de los climáticos, de los vegetales. Me encontré también con que lo que había emprendido como un ensayo de geografía histórica de los recursos se convertía, a la vez, en un estudio de historia política y administrativa, en la medida en que las grandes novedades políticas y sociales se traducían con bastante celeridad en transformaciones territoriales y urbanas concretas, muy en concreto en el caso de Madrid.

Particularmente interesantes resultaron las primeras etapas del Estado constitucional. En aquel tiempo singular en que se quería nada menos que hermanar la administración con la ciencia y basar el ejercicio administrativo en principios científicos, se produjo una formidable eclosión de hombres de ciencia y de ideas que no desdeñaban el servicio de la Corona, del Estado o del Ayuntamiento, y que así lograron, pese a todas las dificultades y limitaciones, una cierta simbiosis de ciencia y experiencia, dicho sea en palabras de Alejandro Nieto aplicadas a los protagonistas de la regencia de María Cristina. Las huertas, los jardines, los paseos arbolados, los bosquetes municipales, los parques urbanos resultaron ser elementos de manejo y de diseño ambiental muy sugerentes y cargados de posibilidades.

Mi conclusión de entonces —que sigo considerando válida— fue que “los procesos naturales siguen estando presentes en la ciudad y la naturaleza es proteica. Conocer estos procesos y aprovecharlos, valorar los paisajes a través de los cuales se expresan, sigue siendo no sólo conveniente y útil, sino incluso una necesidad ética y estética. Por mucho que técnicas, usos y valores hayan cambiado, no es inútil estar familiarizado con el manejo tradicional de los recursos, sobre todo porque fue elaborado a propósito y de propósito para un lugar, para un sitio” (Gómez Mendoza, 2003: 132).

El urbanismo de la segunda mitad del siglo XIX se hizo sobre todo para abrir las ciudades, resolver problemas de vivienda y de circulación, pero con bastante indiferencia topográfica y ambiental: urbanizar es crear “topografía artificial”, “reducir al cultivo urbano”, decía Cerdà. A su vez, el higienismo del movimiento moderno supuso garantizar la aireación y utilizó los árboles como pulmones. Sin duda, todo ello suponía grandes avances sociales y urbanos, aunque como es bien sabido acabó reforzando la segregación en las ciudades y, además, representó el olvido, o al menos la desvirtuación del concepto mismo de “paseo urbano”.

Me parece, en cambio, que en la ciudad la técnica se puede utilizar para recuperar los recursos naturales y para sacar ventaja de ellos. Me parece también el colmo de la necesidad

esa arquitectura llamada inteligente que empieza por ignorar las condiciones ambientales del lugar para empeorarlas después y acabar tratando de solucionarlas por medios artificiales. Hay soluciones técnicas que pueden avanzar hacia la sostenibilidad, y ese no es el mejor camino.

Mis últimas palabras entonces fueron las siguientes y en ellas me reafirmo. “Refundar el espacio público como lugar de civilidad y de urbanidad, supone también reconocer las formas inagotables de la naturaleza en la ciudad. Sin duda ha habido cambios de mirada que corresponden a mutaciones culturales profundas. Pero eso no quita para que se deba exigir a la ordenación urbana y a la de las infraestructuras que tengan en cuenta la singularidad del lugar y conozcan siempre las dimensiones históricas y geográficas de lo que se va a manejar” (Gómez Mendoza, 2003: 132-133).

En varias ocasiones, después, como académica, he tenido que informar sobre aspectos urbanísticos dudosos: por ejemplo, la recalificación fuera del plan general del Prado Bonal de Segovia, que se hace a expensas de un paisaje cultural de cañadas en la vía de comunicación entre el Guadarrama y el Tajo. En todos los casos he advertido la absoluta e indispensable complementariedad del razonamiento geográfico e histórico. Creo que Joan Ganau, como especialista del patrimonio y de la conservación monumental, sabe bien de estos dilemas. Joan Vilagrassa también los conocía.

Para terminar, quiero cambiar de escala y ámbito y referirme al paisaje, a la necesidad de reintroducir en él “el tiempo largo”, no sólo las dinámicas recientes. En su muy interesante libro recopilación de un estimulante recorrido intelectual, *La Géographie Traversière*, subtítulo *L'environnement à travers territoires et temporalités*, Claude y Georges Bertrand reflexionan sobre la temporalidad ambiental. Se hacen unas preguntas razonables (creo que ineludibles): “¿Qué significa hablar, como se suele hacer con trivialidad, de «recursos renovables», de «sostenibilidad», de tiempo absoluto o indefinido, es decir del *no-tiempo de la historia de los medios naturales, o de las sociedades?* ¿Estamos hablando de un decenio, de un siglo, de un milenio? *Se puede hablar de «equilibrio», de «ruptura», de «umbral», y aún más, de «mutación» sin haber dado, previamente, un sistema temporal de referencia?*” (Bertrand, 2000 y 2002: 257). La investigación ambiental no puede prescindir del tiempo, y no bastan las cronologías instrumentales.

La aproximación ambiental tiene que hacerse en los distintos tiempos del medio ambiente. El mismo Bertrand propone una estrategia de investigación tridimensional en tres espacios y tres tiempos. El tiempo del geosistema es el de la naturaleza antropizada, es el tiempo del manantial (*source*), de las características biofísicoquímicas de su agua y de sus ritmos hidrológicos. En el geosistema se concede mucha importancia a los fenómenos espaciales y geomorfogenéticos, sin olvidar los aspectos biológicos.

El tiempo del territorio es el del recurso (*ressource*). Corresponde a la invención de los diferentes recursos y su explotación económica por las sociedades. Es pues el tiempo de lo social y lo económico, desde el tiempo del mercado hasta el del desarrollo sostenible; el tiempo del recurso, el de la gestión, la gobernanza, la redistribución. Por último, el tiempo del paisaje es el del *Ressourcement*, en sentido amplio (la puesta en recurso), lo cultural, el patrimonio, lo identitario y sus representaciones, por tanto también el tiempo de lo simbólico, del mito y de lo ritual (Bertrand, 2002: 263).

Trasladada esta trilogía (*source-ressource-ressourcement*) de los tiempos a los espacios y a los métodos, con el geosistema estaríamos ante un concepto naturalista para analizar

la estructura y el funcionamiento biofísico de un espacio geográfico, tal como funciona actualmente, es decir su grado de antropización; el territorio permitiría analizar las repercusiones de la organización y de los funcionamientos sociales y económicos sobre el espacio considerado; el paisaje, por último, representaría la dimensión sociocultural de ese mismo conjunto geográfico (Bertrand, 2002: 281).

Se pueden discutir estas clasificaciones, pero no la exigencia de la consideración temporal del medio ambiente y del paisaje. No se puede seguir recurriendo a las cortas y largas duraciones de los historiadores, a la juventud o madurez de los ecosistemas. Así lo han comprendido la biogeografía histórica, la arqueología del paisaje, los modelos de interpretación de los paisajes vegetales, por ejemplo los de los equipos de Toulouse y universidades catalanas sobre la evolución del paisaje en el Pirineo oriental.

En general, estos investigadores siguen una periodización histórica que desarrolla la propuesta por Georges Bertrand de 1975. Él mismo la resume en estos términos. Hay un paleoambiente que es todo el anterior a las actividades humanas; es decir, para Europa occidental, lo que remite a la revolución agrícola del neolítico. A partir de ahí, la historia ambiental resulta de la combinación entre oscilaciones “naturales” (climáticas, biogeográficas, geomorfológicas) y una periodización socioeconómica, cada vez mejor establecida y pujante: por ejemplo, el tiempo de las grandes roturaciones (del neolítico al siglo VIII), el tiempo del “espacio ocupado” (de los siglos X al XIII), etc., hasta el tiempo postindustrial de lo agroambiental del siglo actual (*Ibid*, 260).

Un solo ejemplo, y que no remite precisamente al tiempo largo, a la larga duración, pero que es expresivo de la importancia de la historia para el estudio del paisaje. En la elaboración del *Atlas de los paisajes de España* teníamos que identificar, caracterizar y cartografiar todos los paisajes y organizarlos en tipos para hacerlos legibles y transmisibles. Como es de suponer estábamos más atentos al tiempo corto, a las dinámicas recientes. Pues se da la circunstancia de que se nos hicieron evidentes en esta tipología “tipos o perfiles regionales” claros, que responden a formas de organización territorializadas de tiempo medio a largo. Ha sido quizá uno de los logros o de los resultados más sugerentes del trabajo.

Me detengo ya. Debemos replantearnos las relaciones de la geografía y la historia sobre la base de que son indispensables, pero no mecánicas ni lineales, exigen diálogo y colaboración. Quizá no nos convenga ni a unos ni a otros seguir practicando la política del avestruz con el problema y el estrangulamiento de la enseñanza: formar licenciados que sólo conocen un tercio de lo que deben enseñar y luego reprocharles que dan una geografía (o una historia) obsoletas. ¡Cómo la van a dar!

Pero también ese entendimiento, necesidad epistemológica y metodológica, que he tratado de pergeñar con algunas ideas. En esto sobre todo, echaremos de menos la sabiduría y el buen sentido de Vilagrassa, su fina percepción de los problemas de la relación de la geografía y de la historia. Le echaremos de menos, pero tenemos que trabajar para no traicionar su memoria.

Bibliografía

- ALTAMIRA, R. (2001), *Historia de España y de la civilización española*, Barcelona, 4 ediciones hasta 1929. Reedición. Barcelona: Crítica, 2 tomos.
- BERDOULAY, V. (1981), *La formation de l'école française de Géographie*, Paris, Bibliothèque Nationale. Hay reedición del Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, Paris, 1996. Las referencias en el texto corresponden a la reedición.
- BERDOULAY, V. y SOUBEYRAN, O. (2004), "Une archéologie de la ville viable: la contribution des géographes français", en A. MIOSSEC, P. ARNOULD e Y. VEYRET (COORDS.), *Vers une géographie du développement durable*, Comité National Français de Géographie, *Historiens et géographes* nº 307: 217-239.
- BERTRAND, G. (1975), "Pour une histoire écologique de la France rurale" en G. DUBY y A. WALLON (eds.), *Histoire de la France rurale*, Paris: Le Seuil, 35-116.
- BERTRAND, G. (1984 y 2002), "Les géographes français et leurs paysages", *Annales de Géographie*, nº 516, 1984: 218-229. Recopilado en Cl. y G. BERTRAND, *Une géographie traversière. L'environnement à travers territoires et temporalités*, Ed. Arguments: 229-238.
- BERTRAND, Cl. y G. (2000 y 2002), "Le géosystème: un espace-temps anthropisé. Esquisse d'une temporalité environnementale", en M. BARRUÉ-PASTOR y G. BERTRAND: *Le temps de l'environnement*, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse. Recopilado en Cl. y G. BERTRAND: *Une géographie traversière. L'environnement à travers territoires et temporalités*, Ed. Arguments: 257-263.
- BERTRAND, Cl. y G. (2002): *Une géographie traversière. L'environnement à travers territoires et temporalités*, Ed. Arguments.
- BRAUDEL, F. (1950), "Las responsabilidades de la historia", lección inaugural pronunciada en el Collège de France, recopilado en F. BRAUDEL, *La historia y las ciencias sociales*, 1968: 19-46. (Las referencias en el texto corresponden a esta edición).
- BRAUDEL, F. (1958), "Histoire et sciences sociales. La longue durée", recopilado como "La larga duración" en F. BRAUDEL, *La historia y las ciencias sociales*, 1968: 60-106. (Las referencias en el texto corresponden a esta edición).
- BRAUDEL, F. (1960), "Unidad y diversidad de las ciencias humanas". Recopilado en *La historia y las ciencias sociales*, 1968: 201-214. (Las citas en el texto corresponden a esta edición).
- BRAUDEL, F. (1977), *Braudel. La Méditerranée. L'espace et le temps*, Paris: Arts et Métiers graphiques. Reedición 1985.
- CABO, A. (1973), *Condicionamientos geográficos*, en *Historia de España Alfaguara / vol. I*, Alianza Universidad, séptima edición 1981. (Las referencias en el texto corresponden a esta edición).
- CARO BAROJA, J. (1981), *Paisajes y ciudades*, Taurus.
- CARRERAS, C. y VILAGRASA, J. (1986), "La Geografía histórica" en A. GARCÍA BALLESTEROS (COORD.), *Teoría y práctica de la Geografía*, Alhambra Universidad: 361-372.
- FEBVRE, L. (1970, 1ª edición 1922), *La terre et l'évolution humaine, Introduction géographique à l'histoire*, Paris, Albin Michel, l'Évolution de l'Humanité.
- GLACKEN, Cl. J. (1996, ed. ingl. 1967), *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura*

en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII, prólogo de Horacio Capel, Barcelona: Ed. del Serbal.

- GÓMEZ MENDOZA, J. (1997), "La formación de la Escuela Española de Geografía (1940-1952)", *Ería*, 42: 107-146.
- GÓMEZ MENDOZA, J. (2003), *El gobierno de la naturaleza en la ciudad. Ornato y ambientalismo en el Madrid decimonónico*, Madrid: Real Academia de la Historia.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M. y MARTÍNEZ ALIER, J. (1993), "Historia y Ecología", *Ayer*.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (1999), "La crisis de la modernidad historiográfica y el surgimiento de la historia ecológica", en *História e meio-ambiente. O impacto de expansao europeia*, Coimbra: CEHA: 17-18.
- HUBBARD, P., KITCHIN, R., BARTLEY, B. y FULLER, A. (2002), *Thinking Geographically. Space, Theory and Contemporary Human Geography*, London, New York, Continuum.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (1998), "Ortega, el paisaje y la Geografía", en E. MARTÍNEZ DE PISÓN, *Imagen del paisaje. La Generación del 98 y Ortega y Gasset*: 145-222.
- MEYNIER, A. (1969), *Histoire de la pensée géographique en France*, Paris: PUF. Collection SUP.
- MIOSSEC, A., ARNOULD, P. y VEYRET, Y. (coord.) (2004), *Vers une géographie du développement durable, Historiens et Géographes*, nº 387, número especial.
- ORTEGA CANTERO, N. (2003), "El modelo de la geografía francesa y la modernización de la geografía española (1875-1936)", *Ería*, 61: 149-158.
- OZOUF-MARIGNIER, M.-V, "Le Tableau et la division régionale", en M. C. ROBIC, *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache*: 151-181.
- ROBIC, M. Cl. (2000), *Le Tableau de géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, Paris, Ministère de l'Éducation Nationale, Ministère de la Recherche, Comité des Travaux historiques et scientifiques.
- SOUBEYRAN, O. (1997), *Imaginaire, science et discipline*, Paris, Québec: Ed. l'Harmattan.
- SUIRE, Y. (2004), "De l'écohistoire au développement durable", en *Vers une géographie du développement durable, Historiens et Géographes*, nº 387, número especial: 103-108.
- TERÁN, M. DE (1957), "La causalidad en Geografía humana. Determinismo, posibilismo y probabilismo", reproducido en M. DE TERÁN, *Pensamiento geográfico y espacio regional en España. Varia geographica*, ediciones de la Universidad Complutense, 1982: 57-83. Las referencias en el texto son a esta edición.
- TERÁN, M. DE (2004), *Ciudades españolas (Estudios de Geografía urbana)*, Madrid: Real Academia de la Historia.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1903), *Tableau de géographie de la France*, 1903, reedición facsimilar de Librairie Jules Tallandier, Paris: Collection Monumenta Historiae (Lavissee), 1979.
- VILAGRASA, J. (1999), "Las ciudades pequeñas y medias en España" en R. DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, *La ciudad. Tamaño y crecimiento*, Universidad de Málaga: AGE, Grupo de Geografía Urbana, 18-43.
- VIRILIO, P. (1991), *The lost dimension*, New York: Semiotext(e).

WALTER, F. (1993), "Une histoire de l'environnement, pour quoi faire?" en C. BECK y R. DELORS, *Pour une histoire de l'environnement; travaux du programme interdisciplinaire de recherche sur l'environnement*, Paris.

Resum

Geografia i història: quina relació actualment?

Existeix una tendència recent a separar la geografia i la història. Malgrat la necessitat mútua d'ambdues disciplines, la seva relació no ha estat fàcil. L'article analitza aquests complexos i rics llaços entre la geografia i la història. D'una banda, interrogant les bases fundacionals de la tradició geogràfica francesa: des de Vidal de la Blache a Lucien Febre o Fernand Braudel. De l'altra, centrant-se en dos àmbits on aquestes relacions assoleixen la seva plenitud. En primer lloc, la ciutat, que és analitzada a partir de l'obra de Manuel de Terán sobre Toledo, com una intrínca combinació del medi geogràfic amb l'evolució històrica i cultural. En segon lloc, el paisatge, un concepte estimat per la geografia però que necessita la història per ser comprès en la seva globalitat. Com a conclusió es planteja la necessitat de reinterpretar les relacions entre geografia i història, no des de visions lineals o mecàniques, sinó mitjançant el diàleg i la col·laboració.

PARAULES CLAU: *geografia, història, geografia francesa, geohistòria, paisatge.*

Abstract

Geography and history, which relation at present?

There has been a recent tendency to separate Geography and History. This article analyses the rich and complex links between these two disciplines whose coexistence has never been easy, despite their mutual dependence. On one hand, it examines some of the founding traditions of French Geography, from Vidal de la Blache to Lucien Febre and Fernand Braudel. On the other, it focuses on two areas in which these relationships have been most fully developed. One of these is in the city, which —analysed through the work of Manuel de Terán on Toledo— is seen as an intricate combination of a geographical environment transformed by historical and cultural influences. The other is landscape, one of the favourite concepts of Geography, which requires History for a more complete understanding. In the conclusion, the article examines the need to reinterpret the relationship between Geography and History through dialogue and collaboration rather than through linear and mechanical perspectives.

KEY WORDS: *geography, history, french geography, geohistory, landscape.*